

EN TORNO A UN LIBRO SOBRE PUERTO RICO*

MANUEL MALDONADO DENIS**

I

EN el prefacio de su libro, el profesor Gordon K. Lewis, Catedrático de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico y observador agudo de nuestra realidad, dice en un gesto pudoroso que es un acto de "impertinencia intelectual" de su parte el escribir un libro como éste y pide perdón a todos los que, en una forma u otra, han ayudado a su mejor comprensión de la sociedad puertorriqueña. Después de leer *Puerto Rico, Freedom and Power in the Caribbean* creo que sería menester absolver al doctor Lewis del pecado que él mismo se atribuye. La gran mayoría de los libros escritos por extranjeros sobre Puerto Rico oscilan entre la adulación de los profesionales de la sicofancia y los estudios inócuos que bajo el manto de ser "científicos" mixtifican y obnubilan aún más esa confusión nuestra que Pedreira, erróneamente, atribuía a la fusión de razas. Si algún defecto tiene el libro —y yo creo que los tiene— éste no radica en la "imperptencia" intelectual del autor; en él no encontramos ese tono condescendiente y paternalista que revela sin ambages la mentalidad del "colón" frente al país colonizado. Al contrario. El libro se halla escrito con sentido agudo de nuestra idiosincrasia, con una profunda simpatía y empatía por todo lo nuestro, y con una no menos significativa solidaridad con la causa de nuestra independencia nacional. En auténtica vena radical, el doctor Lewis ha ido a las raíces de nuestra condición de pueblo dependiente, contribuyendo así a la desmixtificación de toda una serie de problemas que se hallaban cubiertos de la maraña urdida por los elementos interesados en perpetuar nuestra situación colonial. Alejado de la objetividad espúrea que es la marca de fábrica del "Establishment" sociológico norteamericano, el autor considera

* Gordon K. Lewis, *Puerto Rico, Freedom and Power in the Caribbean* (New York: Monthly Review Press, 1963), 626 p.

** Profesor de Ciencia Política y Director de la *Revista de Ciencias Sociales*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Puerto Rico.

como su obligación pronunciarse en favor de una determinada fórmula política para Puerto Rico: la independencia. Su libro, documentado sólidamente, es una de las mejores defensas que se han hecho en pro de dicho ideal. Que haya sido un extranjero su autor es, no sólo un reflejo de nuestra realidad, sino testimonio elocuente de la bancarrota intelectual que padecemos.

En el prefacio, el doctor Lewis sienta las bases que sirven como soporte para su libro, a saber: (1) que el libro pretende examinar extensamente la vida puertorriqueña en toda su complejidad; (2) que intenta situar a Puerto Rico dentro del marco más amplio del mundo del Caribe; (3) que de acuerdo con los supuestos ideológicos que le sirven como norte a la obra, se considera a Puerto Rico como una sociedad neocolonial y a los EE. UU. como una potencia neocolonialista en el Caribe, y (4) que Puerto Rico puede servir como prototipo para el estudio de los problemas que surgen del confrontamiento de los países desarrollados y subdesarrollados. No puede negarse que el profesor Lewis logra en gran medida lo que se ha propuesto hacer, aunque una visión panorámica de una sociedad como la nuestra—no obstante ésta quede contenida en un libro de seiscientas páginas—en ocasiones obliga al autor a tratar algunos temas de manera superficial. Pero de este aspecto del libro me ocuparé más adelante . . .

La obra del doctor Lewis se divide en tres partes: Parte I: El Pasado; Parte II: El Presente; Parte III: El Futuro. La periodización histórica que se ofrece en el libro difiere de la de autores como Pedreira en que ubica todo el período hasta la ascensión de los Populares en el pasado, ve el presente puertorriqueño a partir de la operación "Manos a la Obra", y se proyecta hacia el futuro a partir del año 1963. No hay duda de que la obsesión de nuestros historiadores con el 1898 como el período más decisivo en nuestra historia había impedido una clara visión del proceso de continuidad histórica que aconteció no empecé el "trauma" del '98. El autor se cuida, sin embargo, de caer en el pecado opuesto: el de concebir la historia de Puerto Rico como un mero proceso de preparación—¿prehistoria quizás?—que culmina definitivamente con el triunfo del Partido Popular en el 1940.

La ubicación de Puerto Rico dentro del marco más amplio del Caribe es, en verdad, no sólo el aspecto más encomiable del libro, sino—dada nuestra ignorancia del tema—el más indispensable también. Hemos vivido y seguimos viviendo en un aislamiento artificial—propugnado primero por España y luego por los EE. UU.—en nuestra relación con los demás países del Caribe (no hablemos del resto de Hispanoamérica). La propaganda interesada y una educación dirigida a acentuar aún más las barreras que nos separan de los países herma-

nos han hecho que la ignorancia, disfrazada en forma de burdos estereotipos, nos haga ver al resto del Caribe a través de los lentes importados del Norte del hemisferio. El resultado ha sido la incomprensión, la ignorancia (aun entre personas cultas) y una actitud infundada de superioridad frente a nuestros vecinos. Este libro del profesor Lewis debe servir para echar abajo esas barreras artificiales, así como para acabar con todos los mitos creados por los intereses que quieren hacernos vivir de espaldas a nuestras tradiciones y a nuestro pasado hispanoamericano.

II

Puerto Rico, apunta el profesor Lewis, tiene como factores comunes con los demás pueblos del Caribe el imperialismo, el esclavismo y una economía azucarera. Según él, a partir de 1700 se consolida definitivamente en el área del Caribe una sociedad de amos y esclavos y su corolario: el sistema económico basado en la explotación en gran escala de grandes plantaciones por una aristocracia europea y blanca. Asimismo, los elementos conservadores dentro de las colonias europeas oponen salvaguardas efectivas a la penetración de influencias liberales. Los liberales de entonces—como los de ahora—utilizaban dos varas para medir: una para la metrópoli y otra para las colonias. Además, las instituciones y las actitudes todas fueron configuradas por la influencia de blancos europeos para quienes la igualdad—cuando de aplicarla a los criollos o negros se trataba—resultaba ser, en la gran mayoría de los casos, un valor espúreo incapaz de ser aplicado a las clases “inferiores”. Por eso es, a mi juicio, tan aguda la siguiente observación del profesor Lewis sobre el *homo caribiensis*: “Este, ha sido enseñado a despreciar su propia sociedad y a adorar una sociedad ajena que lo acepta sólo a regañadientes; de esta manera ha sido atrapado—enajenado y sin hogar—entre dos mundos que lo rechazan”. ¿Qué mejor caracterización cabe de la ambivalencia y de la esquizofrenia que son los frutos de la situación anómala que es toda situación colonial?

Dentro de este contexto, Puerto Rico fue centro de vital importancia estratégica, bastión eclesiástico-militar del decadente Imperio español y—lo que no ha dejado de ser hasta el día de hoy—centro de operaciones para todos los movimientos contrarrevolucionarios de América. Estos factores—como demuestra el profesor Lewis—han dejado su impronta sobre nuestra sociedad y nuestra cultura. Martí, con su visión profética, al hablar en contra de la anexión de Cuba por los EE. UU. escribió sobre los que tenían puestas en su país “miras de

factoría y de pontón estratégico". En aquel momento, esas miras estaban fijadas sobre Puerto Rico también. Y con la invasión norteamericana Puerto Rico sólo cambió de dueño. De "factoría y pontón estratégico" español pasó a serlo de Norteamérica. Cuando el imperio español se desplomó dichas miras fueron puestas en todo el Hemisferio. Por eso, cuando tendemos nuestra mirada al Caribe en el siglo xx, confirmamos la observación del profesor Lewis sobre el carácter neocolonial de los Estados Unidos de América en toda Iberoamérica.

El doctor Lewis dedica varios capítulos a la aventura imperialista de los EE. UU. en Puerto Rico. Aquí demuestra él su conocimiento cabal de la política doméstica e internacional de la nación norteamericana. Como es forzoso hacer en un estudio como este, el autor va a los fundamentos, a la subestructura económica que sirve como base para la penetración del imperialismo norteamericano en Puerto Rico. Indica —en su bien documentado análisis— cómo aconteció una penetración económica masiva, marcada por la concentración de la riqueza en pocas manos, el predominio del capital absentista, y el monocultivo (Puerto Rico fue convertido en una gran factoría azucarera). Todo este proceso que cubre las tres primeras décadas de este siglo es resumido por el doctor Lewis cuando afirma que, después del 1898, aconteció "la sustitución de un capitalismo industrial y financiero por un capitalismo rural rudimentario". La pauperización del "jíbaro", consecuencia directa de ese "imperialismo del descuido" que el autor sitúa entre 1898 y 1932 se constituye, según éste, en el fundamento mismo de una reacción nacional contra la política de la metrópoli. Y el Nacionalismo como movimiento político debe comprenderse dentro de dicho marco, así como toda la reacción de protesta frente al problema social manifestado en Puerto Rico durante las primeras tres décadas de la colonia.

III

Cualquier observador agudo de nuestra realidad —y el profesor Lewis lo es— no puede dejar de captar el hecho de que, como país colonial, el nuestro se ve obligado a moverse de acuerdo a como indica la aguja de marcar de la política en la metrópoli. Así fue bajo la dominación española, así fue y sigue siendo bajo la dominación norteamericana. El carácter anómalo del "gobierno congresional" —una vez que la Corona española hizo el traspaso de sus poderes a los EE. UU.— ha convertido a nuestros políticos en eternos cabildeadores ante los comités directa e indirectamente ocupados con nuestro destino en Washington. No hay que ir muy lejos para encontrar que el meollo del

problema es el *status* político de Puerto Rico. Pero el *status* político sirvió—durante ese período que el autor llama “la política de la supervivencia” (1898-1932), y que es el reverso de la moneda del período del “imperialismo del descuido” que mencioné antes—como mampara para perpetuar el *statu quo*, así como para soslayar los problemas más urgentes de carácter social que acosaban a nuestro pueblo. Pedreira, que escribió su *Insularismo* en aquel entonces, creyó ver en el retoricismo de nuestros políticos la enfermedad incurable que nos aquejaba. Para el profesor Lewis el retoricismo sería no la enfermedad, sino el síntoma, no la causa, sino el efecto de un proceso de ocultación y mixtificación que él resume al decir que la política de este período (hasta 1932) “reflejó fielmente la batalla que la clase burguesa colonial tenía que librar en dos frentes: contra el poder norteamericano de una parte y contra su propia clase obrera de la otra”. Todo los “pronunciamientos” resultaron siempre variaciones sobre este mismo tema. El movimiento Nacionalista es, a mi juicio, la excepción. Pero el autor dispone de éste con una mera referencia a su carácter “neofascista”. (De este tema habré de ocuparme más adelante en la reseña). Basta con señalar aquí cómo la política durante estas primeras tres décadas de una nueva administración colonial ilustró fielmente la alineación de fuerzas sociales y económicas que le servía como substrato: mientras la riqueza del país era usufructuada por una minoría de accionistas extranjeros y una pequeña oligarquía criolla, el movimiento obrero y el campesinado eran convertidos en fichas en el juego político dentro de la colonia, y todo ello dentro del marco de una administración colonial cuyo propósito primordial era mantener intacto el control militar, económico y político que la metrópoli ejercía sobre la Isla.

El “Nuevo Trato”, según demuestra el profesor Lewis, no alteró fundamentalmente la situación. Ya en el 1940 éste había dejado de existir para todo propósito práctico y se mantenía como uno de los mitos piadosos de los liberales norteamericanos. El mito se desinfla cuando el autor apunta con agudeza hacia las verdaderas causas de su fracaso en Puerto Rico: “En alguna medida fue debido a que el Nuevo Trato allá no fue un plan coherente para remodelar a la sociedad norteamericana de raíz, sino más bien una respuesta festinada y empírica a una crisis súbita”. En un territorio dependiente no podía ser de otra manera que lo que fue en el país de origen. En gran medida se debió a que la política de Franklin Roosevelt, “débil fundamentalmente en cuanto a contenido teórico o dirección, no pretendió hacer otra cosa que remendar un capitalismo anárquico, siendo así que la tenencia privada de los medios de producción permaneció in-

tacta". Quizá pueda hablarse entonces de un "nuevo orden", pero tomando la expresión *cum grano salis*. Porque, como señala nuestro autor, el "nuevo orden" no fue nuevo "con referencia a la estructura básica de la propiedad del sistema económico sino sólo en lo referente al grado de supervisión pública de la actividad económica".

No obstante, el Nuevo Trato introdujo en Puerto Rico un nuevo tipo de político norteamericano: el liberal. Asimismo, dicho período ofreció pábulo para notar la transformación que sufren los liberales norteamericanos cuando vienen a Puerto Rico. Gruening y Tugwell son sólo dos ejemplos de la contradicción básica que todo gobierno colonial apareja. Como dice el doctor Lewis, se trata siempre de "un liberal tratando de hacer funcionar un sistema antiliberal". Por algo alguien ha dicho que Puerto Rico es la tumba del liberal norteamericano. Porque toda la condescendencia, todo el paternalismo, todo el sentido de superioridad de los portadores del fuego civilizador se convierten en rasgos de conducta que le permiten al liberal norteamericano usar dos varas para medir: una para los Estados Unidos y otra para Puerto Rico. Hace poco escribía alguien en la revista *Dissent* un artículo titulado "The Black Man's Burden: The White Liberal". Otro tanto podría decirse en Puerto Rico aunque en un marco diferente. Si nuestro fardo incluye al doctor Earl Parker Hanson—cuyos libros de tono insoportablemente adulator ilustran cómo el "New Dealer" puede ajustarse a las situaciones más cambiantes—o a los miembros de la colonia norteamericana que nos miran entre impacientes y perplejos, todo ello se debe a que el liberalismo ha sido, en cuanto ideología, el exponente principal de una visión de la realidad política que siempre ha tenido dos caras: una que mira hacia lo nacional y otra hacia lo internacional. Y esta faz tiene un guiño que es, simultáneamente, señal de burla, corrupción y engaño. Porque, cuando de relaciones internacionales se trata, el liberal norteamericano no ha tenido empacho en defender la política imperialista de su país. No es accidental, por tanto, sino consustancial con la postura ideológica de éste, que aquello que es bueno para los EE. UU. no pueda serlo—cuando se usa la otra vara para mal medir—en el caso de Puerto Rico e Iberoamérica.

IV

Como dije antes, el doctor Lewis considera que el punto decisivo en la "transformación" de Puerto Rico es el 1945. Hasta ese momento, apunta él, encontramos un sistema económico basado en el monocultivo, conjuntamente con fincas familiares improductivas, los grandes

latifundios, muy poca actividad industrial, y un agudo desbalance en la distribución del ingreso. De ahí en adelante—y entrando ahora en la parte del libro dedicado al presente—el desarrollo económico ha sido el de “un capitalismo ayudado por el estado a la manera norteamericana”. No ha habido, en rigor, revolución alguna en Puerto Rico—ni “pacífica” ni de otra índole—salvo quizás en las cuentas galanas de los anunciantes de Madison Avenue. Como dice nuestro autor, “si ha habido ‘revolución’ lo ha sido sólo en el sentido benigno de la diversión gradual de la empresa capitalista mayor del sector agrícola al sector industrial”. Eso es todo. Lo demás es retórica hueca. Y aun esa “transformación” se halla sujeta a un serio cuestionamiento. Por ejemplo, el profesor Lewis apunta hacia la desigualdad existente entre los beneficios del programa de industrialización y las diferentes áreas geográficas de la Isla (concentración excesiva de las fábricas en el área metropolitana); el correspondiente descuido del sector agrario, y la dependencia de nuestra agricultura al mercado norteamericano. Así, en la ausencia de industrias que sirvan al mercado local, los puertorriqueños “continúan, como muchos pueblos coloniales, a producir lo que no consumen y a consumir lo que no producen”. He ahí el meollo del colonialismo: el carácter de mercado para los productos excedentes de la metrópoli (Puerto Rico importa más a los EE. UU. que países tan enormes como Venezuela, México y Brasil) y el estrangulamiento de todo intento de diversificar la producción que pueda alterar este balance. Ello lo atestigua el control casi absoluto de nuestra economía—“región económica” de los EE. UU. como cita el profesor Lewis—por el capital industrial y financiero norteamericano. Esto ha creado ese problema de la “dependencia económica” que el profesor Lewis analiza en uno de sus capítulos, y que podría resumirse así: los intereses económicos norteamericanos controlan actualmente en Puerto Rico el porcentaje más alto de todas las firmas establecidas en el país (muchas de éstas son sucursales de las empresas matrices que radican en el continente) en la industria, el comercio y la agricultura (entiéndase la industria cañera y los frutos menores), así como las fuentes principales de capital financiero.

La naturaleza misma del federalismo norteamericano, de otra parte, sitúa a las regiones geográficas dentro de la nación en una evidente desventaja frente a los intereses de las regiones más avanzadas económicamente. Eso significa que las decisiones fundamentales que habrán de afectar nuestra economía: un alza en los fletes marítimos, o el cierre de una fábrica importante, o la aplicación de las leyes federales sobre impuestos a los intereses económicos norteamericanos en Puerto Rico eluden nuestro control. Y luego, si meditamos sobre el

control que actualmente ejercen los supuestos intereses "regulados" sobre las llamadas "comisiones reguladoras independientes", en los EE. UU. y captamos, como lo hace el profesor Lewis, la impotencia nuestra frente a entidades como éstas que afectan vitalmente nuestro destino político, no podemos concluir otra cosa sino que el punto de agarre más sólido del imperialismo norteamericano en toda América Latina se halla en Puerto Rico.

Quizá una de las cosas que no recalca bastante el autor—cuando entra de lleno en nuestro problema como sociedad colonial—es la enorme influencia que tiene el establecimiento en nuestra isla de bases militares con armamentos termonucleares para la solución definitiva de nuestro *status* político. En esto—como en otras cosas que mencionaré más adelante—me parece que el profesor Lewis peca a veces por omisión. Si en algo puede ilustrarse el carácter colonial de una sociedad es en esta conversión involuntaria de su territorio en un centro militar de operaciones—sobre todo cuando esto apareja nada menos que la supervivencia de una sociedad en su conjunto. Pero el autor sólo menciona—de pasada— a la pequeña isla de Vieques, la isla que ilustra tan cabalmente los fines últimos de toda dominación colonialista. Y la consolidación creciente de todo este gigantesco "complejo militar-industrial" en Puerto Rico aleja cada vez más, a mi juicio, la concesión voluntaria de la independencia de Puerto Rico por parte de los EE. UU. Un Gibraltar en el Caribe—con Cuba al lado—no va a ser abandonado tan fácilmente como quieren hacernos creer algunos liberales norteamericanos.

V

Porque el doctor Lewis considera como única solución a nuestra situación política la independencia. Cuando analiza la estructura de las clases sociales o la familia, así como cuando dedica un capítulo al debate sobre la "Americanización", el autor se muestra preocupado por la disolución de nuestros valores frente a la tremenda penetración cultural norteamericana. Y, andándose sin tapujos, dispone del argumento sobre Puerto Rico como "puente" entre dos culturas con la siguiente afirmación: aquí lo que ha ocurrido ha sido "la imposición sin cuartel de las normas norteamericanas sobre una sociedad dependiente e indefensa, incapaz de resistir el proceso". Naturalmente que nuestra sociedad ha demostrado más "capacidad para resistir el proceso" que lo que muchos creen. Pero, aún así, y ante el embate despiadado de la cultura de masas norteamericanas y de todas las agencias que la propagan, ha ido ocurriendo un proceso de asimilación de

los peores elementos de aquella que preocupa a toda persona de sensibilidad. Me permito citar un pasaje un poco largo del libro del doctor Lewis que pone el dedo en la llaga:

Desde un principio al niño puertorriqueño se le ha enseñado historia americana antes que historia de Puerto Rico. Sus capacidades se han desarrollado dentro de una atmósfera colonial, donde los medios de comunicación de masas han representado al populacho una cultura que no es la de ellos, y a la que han aprendido a atribuirle todo lo que dentro de su experiencia ha sido digno de encomio. Los mismos símbolos lingüísticos del mérito y de la autoridad son los del poder dominador. Así, el estudiante puertorriqueño todavía se las arregla, con bastante frecuencia, para llamar a su maestro "mister" en vez de maestro o profesor, como si el maestro fuese un norteamericano. Esto no se aplica solamente al pasado, pues como ha señalado René Marqués, el sentimiento ancestral de desamparo del individuo puertorriqueño todavía le es psicológicamente imbuido a través de métodos modernos de educación que son algo más sutiles que los usados anteriormente. En vista de que la carga de resolver los aspectos inconvenientes de las comunicaciones entre los gobernados y los gobernantes en situaciones coloniales ha sido siempre tarea forzosa de los gobernados, a los puertorriqueños se les ha obligado a aprender inglés en vez de los americanos aprender español. La desvalorización de la cultura local ha estimulado un correspondiente autodesprecio en los individuos que la componen. Para algunos, el autodesprecio ha adquirido la forma de una sumisión ciega al estilo americano, expresado por un impulso imperioso hacia la identificación e incorporación con la elite del poder gobernante; impulso que con frecuencia es entendido sólo a medias por sus víctimas; y los sentimientos de culpa así engendrados han sido encubiertos frecuentemente con el recurso de identificar a Puerto Rico con la "Civilización Occidental" en vez de con los Estados Unidos, de forma tal que términos como "la crisis de Occidente", "cultura Occidental", "el mundo libre" y así sucesivamente juegan un papel terapéutico en la psicología de ese tipo de puertorriqueño. Para otros, de otra parte, la respuesta a una situación tan intolerable para espíritus sensitivos y tan poderosamente apoyada por todas las instituciones de la sociedad, privadas y públicas, políticas y económicas, ha sido el refugiarse en sentimientos de rencor, inferioridad y chauvinismo. La vida de un espíritu como el de Pedro Albizu Campos es un monumento trágico a esos elementos en la política de Puerto Rico.

Resulta difícil no ver un elemento de deliberación en todo el proceso que tan admirablemente resume el autor en este pasaje, elemento de deliberación que se ha valido de todos los medios a su alcance: económicos, militares, políticos y culturales para lograr ese triunfo definitivo del colonialismo que se conoce con el eufemismo de la anexión. Sorprende, no obstante, el enjuiciamiento relativamente benigno que el profesor Lewis nos brinda en su referencia a todo nuestro sistema educativo, especialmente cuando escribe sobre nuestra Universidad. Si tenemos un pobre sentido de nuestra propia historia, si la América Ibérica no es más que un mundo extraño y exótico, si todo lo proveniente de los EE. UU. es, por su propia naturaleza, objeto de ciega adulación, la responsabilidad debe recaer en los que, a sabiendas de las consecuencias de sus actos, han colaborado con la balcanización de nuestra América por intereses cuyos fines son inconfesables. El sistema educativo en su totalidad—incluyendo desde luego a los que dentro de éste ocupen posiciones de mando—deberá sentarse en el banquillo, y “Teacher’s College” y la Universidad de Chicago—el primero con esa vulgarización de John Dewey que es el “progressive education” mal entendido, y la segunda con su soberbia intelectual frente a todo lo que no puede considerarse como parte del humanismo liberal a la usanza de Robert Maynard Hutchins—deberán rendir cuentas como causas eficientes de una confusión intelectual que nos ha situado de espaldas a nuestra historia y a nuestra cultura.

El liberalismo como ideología oficial del “Establishment” educativo puertorriqueño ha contribuido no poco a esta enajenación personal y colectiva. No me refiero ahora a los “liberales norteamericanos” cuyo paternalismo solapado fustiga con ardor el doctor Lewis. Me refiero al liberalismo sustentado por un número considerable de miembros de la “intelligentsia” puertorriqueña, cuyos pontífices son Dewey y Ortega y Gasset. Admiradores en la mayoría de los casos de las instituciones políticas norteamericanas, defienden el carácter antiliberal del régimen norteamericano en Puerto Rico sin parar en mientes para reconciliar la supuesta tradición libertaria de los EE. UU. con el colonialismo y el neocolonialismo de la nación norteamericana en todo el hemisferio. Enemigos a ultranza de toda ideología auténticamente radical, son los ideólogos por excelencia de un sistema basado en la explotación, el discrimen y la violación sistemática de la dignidad humana. Y, como sus homónimos en el continente, cierran filas como todo buen norteamericano frente a los que ponen en peligro el “interés nacional”. La ausencia para todos los propósitos prácticos de una intelectualidad radical en la tradición latinoamericana o europea es lo que ha contribuido a crear en Puerto Rico un grupo de intelectuales

liberales que podrían hacerle excelente compañía a los que C. Wright Mills denominó "los intelectuales de la O.T.A.N.". En todo caso, el estudiante puertorriqueño, que hace sus estudios postgraduados en una universidad norteamericana bebe profundamente de la ideología liberal, pero por lo general retorna con la mentalidad específica de ese espécimen dentro de la especie "liberal" que es el "liberal norteamericano". Si algo ha impedido el auténtico confrontamiento de parte de nuestro elemento pensante con el problema de nuestro colonialismo ha sido esta aceptación tácita o expresa que todo liberal rinde al sistema capitalista —y al país que con mayor pujanza representa dicho sistema económico.

VI

En el capítulo dedicado al "problema del status político" el profesor Lewis escribe: "Sólo una verdadera independencia podrá acabar de una vez y para siempre con la magnífica obsesión de los puertorriqueños con la cuestión del status". Y luego, con agudeza, apunta hacia el meollo del problema al afirmar que, en el momento actual "Puerto Rico propone y el Congreso norteamericano dispone". Puede argüirse que no es únicamente Puerto Rico quien "propone" para que el Congreso "disponga", sino que este es el caso de todos los países de América —excepto Cuba. Pero esto estaría en consonancia con la afirmación original del profesor Lewis en el sentido de que los EE. UU. es una potencia neocolonial en el Caribe y en el resto de Iberoamérica. Lo cierto es que, hasta la Revolución Cubana, los países al Sur del hemisferio proponían —y los EE. UU. disponían de acuerdo a sus intereses económicos y militares. Por eso, el caso de Puerto Rico resulta de tanto interés, pues indica el verdadero carácter del imperialismo norteamericano. Porque en el caso de Puerto Rico no hay neocolonialismo, sino colonialismo puro y simple, siendo así que es el único país hispanoamericano que, bien entrado el siglo XX, no ha logrado aún su independencia.

Esto vicia indefectiblemente el carácter de Puerto Rico como "vitrina" o como "the best answer to Castro" pues, como indica el doctor Lewis, Cuba y no Puerto Rico es hoy por hoy el modelo para el desarrollo de los pueblos de América, y La Habana, no San Juan, el centro verdadero de una auténtica revolución social en nuestra América. Pero, al mismo tiempo, la liberación nacional definitiva del continente, que es el corolario de esa segunda guerra de independencia de Hispanoamérica que proféticamente previó Martí, no podrá realizarse cabal-

mente mientras Puerto Rico no haya alcanzado aún la independencia elemental que tan tesoneramente defendió el Apóstol. Por eso el doctor Lewis va a la raíz del problema: la independencia para Puerto Rico, sin cortapisas y sin rodeos.

Que esta conclusión no sea del agrado de muchos —tanto en los EE. UU. como en Puerto Rico— no debe extrañar a nadie. Pero tampoco nadie podrá negar la sólida documentación que le sirve como trasfondo al libro y los intentos —a mi juicio, a veces exagerados— que el autor realiza para hacerle justicia a todas las partes envueltas en nuestro destino. Un libro que se manifiesta en favor de nuestra independencia pero que está dedicado a una prominente anexionista y al Gobernador y artífice del Estado Libre Asociado ilustra lo recién dicho, aunque aun para un partidario de la independencia ésta debe considerarse como una falla secundaria. Lo mismo puede decirse de varios aspectos de la realidad puertorriqueña que el profesor Lewis trata someramente, algunos porque no tuvo a la mano estudios muy recientes que modifican considerablemente su diagnóstico, otros porque se limita a mencionarlos de pasada sin entrar en ellos con el detenimiento que, a mi juicio, ameritan.

Anteriormente me referí al establecimiento de las bases militares con armamentos atómicos en nuestro suelo como una de las cosas que merecían mayor atención de parte del autor. Lo mismo diría del Servicio Militar Obligatorio —el llamado “tributo de sangre” que constituye un caso insólito en los anales del colonialismo. Las consecuencias de este proceso que se origina en 1917 cuando se pasa una ley federal haciendo a los puertorriqueños ciudadanos norteamericanos no han sido estudiadas con el detenimiento que merecen. Asimismo el doctor Lewis subestima la influencia cada vez mayor que ejercen en nuestro país el número ingente de norteamericanos que, según el estudio reciente de Vázquez Calzada (*Revista de Ciencias Sociales*, Diciembre, 1963), ya sobrepasan en número a la migración de puertorriqueños hacia los EE. UU. Y la experiencia de la Unión norteamericana demuestra que, en todos los territorios anexados como Estados, el elemento norteamericano ha sido decisivo en la decisión final del Congreso de conceder la estadidad. Lo mismo puede decirse en cuanto a la igualdad de oportunidades en el sistema educativo —mito piadoso que fue destruido despiadadamente por el estudio reciente del doctor Luis Nieves Falcón— que el doctor Lewis sobreestima un poco.

Sin embargo, es cuando el doctor Lewis se refiere al movimiento nacionalista puertorriqueño que encuentro la falla principal de su libro. El tema demanda análisis detenido.

VII

El profesor Lewis sustenta tres criterios fundamentales en torno al movimiento nacionalista de Puerto Rico: (1) Que era un movimiento dedicado a "un risorgimento" neofascista de violencia; (2) Que sus miembros, afectados por un profundo sentido de "vergüenza racial" estaban movidos básicamente por un "resentimiento" hacia los norteamericanos como representantes de la raza blanca (las supuestas humillaciones sufridas por Albizu Campos en EE. UU. sirven como ejemplo de lo citado para el autor); (3) Que había una tendencia a idealizar a España y a imitar grotescamente el ideal caballeresco español. Es posible que haya algo de cierto en todos y cada uno de estos puntos, pero lo que resulta cuestionable es que el doctor Lewis no los presenta como hipótesis—un estudio serio y objetivo del Nacionalismo puertorriqueño está por hacerse—sino como conclusiones tajantes y categóricas. El lector se sorprende, además, con las fuentes que aparecen como fundamento para dichas aseveraciones: *Dynamite on our Doorstep* de Wenzell Brown; *Los Derrotados*, novela de César Andreu Iglesias; un ejemplar del periódico *Puerto Rico Libre* de 1948, y el libro de Thomas Mathews, *Puerto Rican Politics and the New Deal*. No creo que el libro de Wenzell Brown constituya una fuente confiable de información sobre el nacionalismo—dada su actitud hostil hacia los puertorriqueños—y es menester utilizar una novela como la de Andreu Iglesias más como una ilustración de una tesis frente a la realidad puertorriqueña en un momento dado que como documento central para una tesis sobre el Nacionalismo. Las otras dos fuentes—aunque más confiables—ciertamente no son de una contundencia suficiente como para fundamentar los tres criterios apuntados arriba. No dudamos—conociendo como conocemos al doctor Lewis—que estas no hayan sido sus únicas fuentes de información. Nos constan su honestidad intelectual y su devoción por la verdad. Pero no pueden pasarse por alto estas aseveraciones suyas sin un comentario aunque sólo sea preliminar, pues adolecen de una falta de comprensión del Nacionalismo puertorriqueño que pueden conducir a ulteriores malos entendidos.

Como dije, el estudio objetivo del Nacionalismo—y de su líder don Pedro Albizu Campos—está aún por hacerse. No obstante, las observaciones del doctor Lewis sobre el fenómeno en cuestión me incitaron a realizar un estudio más intensivo del tema. Las conclusiones a que he llegado difieren básicamente de las del profesor Lewis, y me aventuro a lanzarlas aquí como hipótesis que sirvan como guías para futuras investigaciones.

En primer lugar, es menester precisar el término "Fascista". No puede olvidarse que en la década de los treinta el ser católico —especialmente durante la Guerra Civil Española— aparejaba muchas veces el epíteto de fascista. Pero ello no puede servir como base única para una acusación semejante. En cuanto al uso de la violencia por un movimiento, el término "fascista" se justifica sólo cuando ésta se convierte en un fin en sí, en una instancia superior que se concibe como polarizadora de todas las energías de la nación en pie de guerra. Por lo tanto el fascismo es expansivo y agresivo —en suma, imperialista. Asimismo, forman parte de la ideología fascista el racismo —como en el caso de los nazis— y el irracionalismo. El uso de camisas negras por los nacionalistas no los convierte "ipso facto" en fascistas o neofascistas (aun cuando la "mística" de un movimiento de esta índole, fundamentalmente romántico, pueda señalarse como base para el elemento irracionalista). Rafael Estenger, en un artículo titulado "Comprensión de Albizu Campos" publicado en *Bohemia* el 19 de noviembre de 1950, decía del movimiento nacionalista que un gran trecho lo separaba del Fascismo: "Acaso se le aproxime en la forma; sobre todo en la organización de las milicias cívicas, las apodadas 'camisas azules', y en el logro descarnado de la guerra como academia del carácter. Pero de ahí no pasa el parecido, si alguno existe". Me parece correcta esta observación. La mera parafernalia no convierte a un movimiento político en "fascista" o "comunista". Es imperativo ir más allá de lo que se decía en la época sobre el movimiento nacionalista para no caer en errores básicos de perspectiva histórica.

Asimismo es forzoso pedirle a un intelectual como el doctor Lewis mayor precisión en el uso de los términos. De otra parte, creo que el profesor Lewis no ha comprendido el carácter específicamente latinoamericano del nacionalismo de Albizu Campos, de ese mismo nacionalismo que representan en el campo intelectual Rodó, Darío o Vasconcelos, y en el campo de la acción aquel contemporáneo de Albizu Campos que se llamó Augusto César Sandino. Es éste un nacionalismo que mira con recelo hacia el Norte y ve al Sur como guardián de los valores espirituales. Su carácter conservador es consecuencia directa de su romanticismo y de su repudio del Roosevelt de la famosa Oda de Darío. Pero es el nacionalismo precursor de los movimientos de liberación nacional hoy emergentes en todo el Sur del Hemisferio. Sandino y Albizu Campos son precursores de Fidel Castro —aun cuando hubiesen estado en conflicto con la ideología de éste. Las referencias constantes de Albizu Campos a los héroes latinoamericanos y a la tradición hispanoamericana confirman, a mi juicio, esta hipótesis. Su nacionalismo, repito, no es ni mucho menos europeo o europeizan-

te, sino específicamente hispanoamericano. Siendo católico, su admiración por España era de esperarse —así como su hostilidad a los EE. UU. Pero de ahí a afirmar —como lo hace el autor del libro— que había imitación grotesca de lo español, es un paso peligroso. Lo mismo diría de esa “vergüenza racial” que el doctor Lewis cree ver en los nacionalistas —pero especialmente en su líder. Aparte de que puede utilizarse el consabido “argumentum ad hominem” para disponer de un movimiento —y así se ha utilizado en Puerto Rico para despachar a Albizu y al Nacionalismo como un ejemplo de resentimiento racial— creo que un tipo de interpretación psicologista del fenómeno nacionalista explica muy poco o nada.

Para concluir. . . Las hipótesis que me he aventurado a ofrecer en torno al nacionalismo puertorriqueño las he ofrecido como contrapeso a las del profesor Lewis. Considero que su discusión del movimiento en cuestión es la falla principal de su libro. Pero en comparación con sus aciertos, el tema ocupa un lugar muy pequeño.

Es menester felicitar al doctor Lewis por su excelente tratado y exhortar a su lectura —y a su pronta traducción al castellano.